

La primera "crónica rosa"

Carlos V el Rey del corazón de Isabel de Portugal

Carlos V es el rey de moda. La televisión tiene mucho que ver en ello, pero al margen de la serie que glosa sus hazañas, y sus amores con Isabel de Portugal, este hombre fue el más poderoso de su tiempo... quizá de todos los tiempos. Como todos los grandes monarcas, tiene un rostro oculto pero, a diferencia de los que le precedieron y de los que le siguieron, su amor fue casi eterno. La relación con Isabel de Portugal, muy abordada en la actual serie, fue intensa, dramática a veces, sincera casi siempre. Hemos querido ofrecer en este texto las claves de ese matrimonio que nació de la conveniencia pero gracias al cual se obtuvo uno de los mayores imperios que jamás hayan existido.

JAVIER GARCÍA DE GABIOLA







Retrato de la emperatriz Isabel de Portugal, obra de Tiziano en el Museo del Prado.

Isabel fue el gran amor de Carlos V, la perfecta unión de cuerpo y espíritu que el emperador ansiaba desde su juventud y que nunca encontraba. Isabel, una princesa bellísima, alabada por Garcilaso de la Vega y Francisco de Borja, se convirtió en esposa, amante, confidente y consejera. Tuvo de Carlos seis hijos, atemperando su frialdad y desaparego, y supliéndole como regente

en las labores de gobierno. Carlos la amó por su físico y por su fidelidad, dignidad e integridad moral, y cuando ésta falleció de parto, el emperador la recordaría siempre y guardaría luto de por vida.

Carlos nació en la brumosa Gante en 1500, en Flandes, una tierra de mercaderes y comerciantes que, paradójicamente, aún conservaba los restos de la última gran corte de la Edad Media creada por su

bisabuelo Carlos *el Temerario* de Borgoña. Flandes quedó unida a Austria cuando el abuelo de nuestro Carlos, el emperador de Alemania Maximiliano, casó con una hija del *Temerario*. Y después, el padre de Carlos, Felipe *el Hermoso*, casó con la hija de los Reyes Católicos, Juana *la Loca*, de modo que también España y las posesiones aragonesas del reino de Nápoles pasaron a engrosar el

patrimonio de Carlos. De este modo, lo que Austria no consiguió por las armas lo logró por el matrimonio, dando lugar al célebre dicho “Tu Felix Austria Nube” (“Hagan otros la guerra; tú feliz Austria, cástate; porque los reinos que Marte da a otros, a ti te los concede Venus”).

Así, Carlos, por el mero hecho de nacer, se había convertido en el monarca más importante de Europa. No era suficiente: cuando a los 19 años muere su padre, nuestro príncipe, a base de sobornos fue elegido Emperador de Alemania desbancando al otro candidato, Francisco I de Francia, que se convertirá en su eterno rival. La afrenta a Francia fue doble cuando un año después los generales de Carlos le derrotaron y conquistaron Milán (1521), a la vez que recuperaban Navarra y aplastaban la rebelión de los Comuneros y las Germanías en España. Así, con tales antecedentes, cuando observamos los retratos de Tiziano, el monarca nos da la impresión de un coloso, a semejanza de sus contemporáneos Enrique VIII y Francisco I. Un hombre sano, alto, fuerte y vigoroso, embutido en su armadura como rey-guerrero, o al galope en la bruma de la mañana, como en la víspera de la batalla de Mühlberg.

UN COLOSO CON PIES DE BARRO

Cuando Carlos contaba 21 años todavía no había tenido amante alguna y rehuía el tema del matrimonio. Se extendió el rumor malicioso y probablemente infundado de que en España se prendó de una pastorcilla que, al verlo, salió huyendo. Más fundada es la relación que tuvo en Flandes con Jeanne van Gheerst. Durante unos bailes el emperador se fijó en una huérfana que estaba siendo educada para ser monja por la Señora de Lalaing. Carlos, acobardado, le pidió a un ayudante que le concertara una cita con ella. Al poco tiempo éste regresó informando al emperador de que la dama accedería a yacer con él, pero como era muy tímida y no tenía experiencia alguna, la esperaba fingiendo que dormía, desnuda.

Carlos quedó encantado y siguió el juego. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que algo fallaba, ya que la muchacha seguía aparentemente dormida durante el acto e incluso después de él. Cuando al fin despertó, la doncella dio un grito y comenzó a llorar asustada, ya que el chambelán de Carlos, llevado por su celo de agradar al monarca, la había drogado.



Este retrato del emperador en 1533, obra de Lucas Cranach el Viejo, puede admirarse en el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid.

Cuando Carlos contaba 21 años todavía no había tenido amante alguna y rehuía el tema del matrimonio

Carlos quedó fuertemente traumatizado por esta historia, pero la relación continuó hasta la primavera de 1522. Esta breve relación fue fructífera y de ella salió la primera hija del emperador, llamada Margarita, que se convertiría en una capaz gobernadora de los Países Bajos durante el reinado de Felipe II. Sin embargo, Carlos llegó a la convicción de que jamás lograría el amor como comunión perfecta entre cuerpo y alma, por lo que pasó a concebir sus relaciones como meros pasatiempos para calmar sus apetitos.

LA BELLA ISABEL

En pleno contraste con el emperador, Isabel de Portugal era una belleza clásica. De cabellos rubios y unos ojos grandes y serenos de color gris, boca pequeña pero carnosa y sensual, sin embargo compartía con Carlos la serenidad y la conciencia de su propia dignidad como monarca. De hecho, no era una mera mujer florero tan al uso en aquella época, ya que sabía latín, castellano, inglés y francés, interpretaba música e incluso sabía montar a caballo. Por otro lado, la princesa hubo



Así era el rey-emperador

LOSTESTIMONIOS de sus coetáneos nos dan una impresión, a veces terrible, de su figura. Lanastosa lo describe a los 19 años como de salud muy frágil, con “un pelo áspero y ralo”; y el excelente y expresivo biógrafo Philippe Erlanger nos lo pinta de una forma muy plástica, hacia los 30 años, como “esmirriado, encorvado, cargado de espaldas, su rostro barbudo y de gruesos labios, inquietante por su mandíbula inferior saliente (...). Sus dientes estropeados, su fuerte aliento, acaban haciéndolo poco atractivo. Solamente su mirada refleja inteligencia, majestad, astucia, la convicción inquebrantable que nos transmiten los lienzos de Amberger y Tiziano”. Melancólico, tímido, casi abúlico, pero sólo en apariencia, y siempre solitario en las fiestas, contrastaba dramáticamente con su atractivo y aventurero abuelo, el condotiero-emperador Maximiliano, o con su padre, el galán insustancial Felipe *el Hermoso*.

¿Dónde estaba la belleza de sus ancestros, e incluso de su madre Juana *la Loca*? No es de extrañar que Carlos V tuviera poca confianza en sí mismo y rehuyera a las mujeres en su juventud. No obstante, esa piel cerúlea, esa imperturbabilidad y falta de gracia en los movimientos que le asemejaban a un autómatas le conferían una tremenda majestad, una especie de autoridad moral que recordaban a la grandeza de un monarca, casi de un dios viviente, lo cual le ayudaría en el futuro a asentar su personalidad.

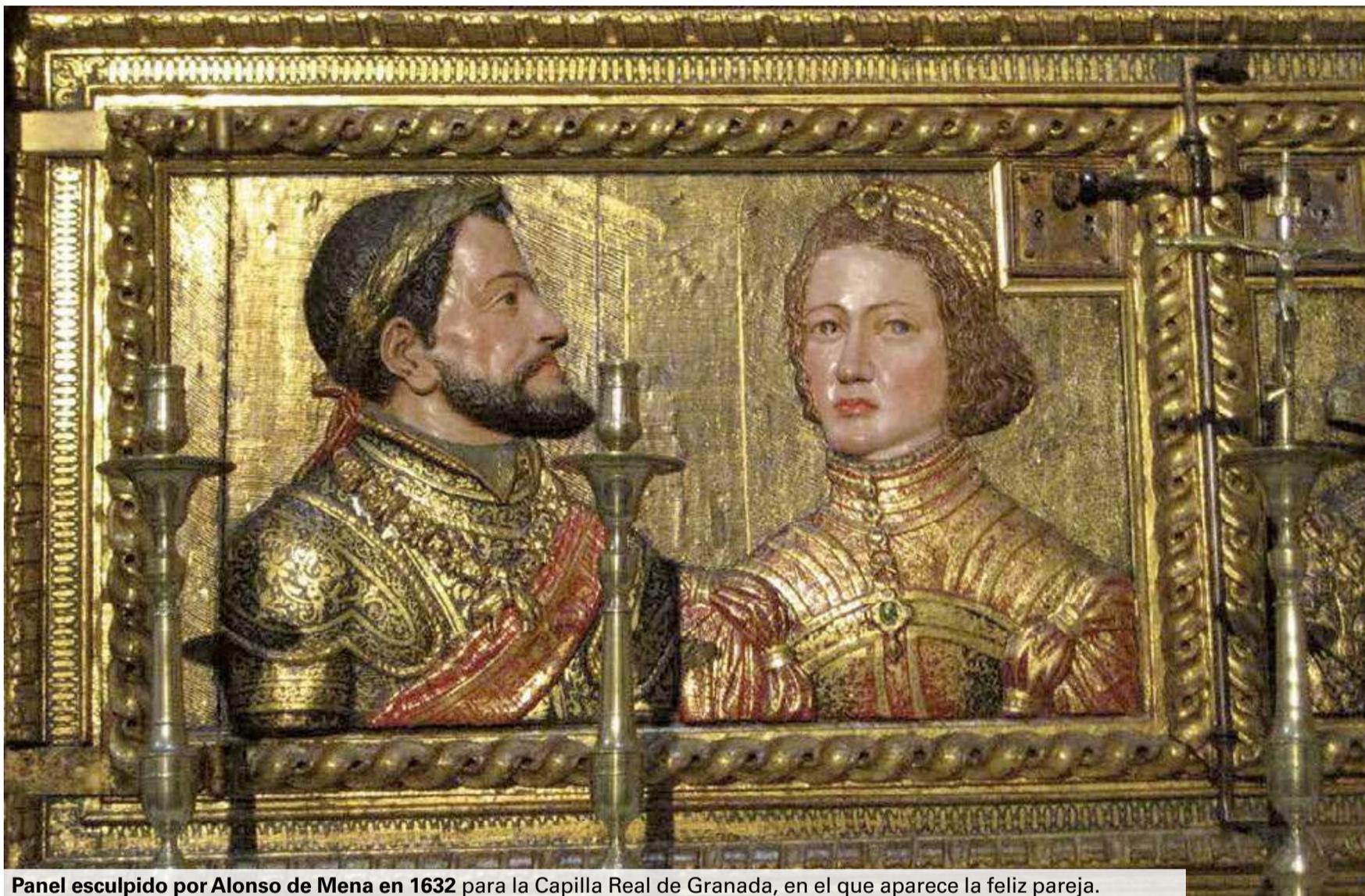
El motivo principal del futuro matrimonio era tratar de unir ambos reinos peninsulares

de madurar antes de tiempo. Ya a los 14 años murió su madre, de modo que a partir de 1517 se encargó de sus hermanos. En 1518 se entablaron negociaciones entre España y Portugal para concertar el matrimonio entre Carlos e Isabel, pero estas se estancaron. Como muestra de su constancia, tras habersele inculcado durante años que el emperador probablemente sería su marido, ésta afirmó que Carlos acabaría siendo su esposo, o, si no, permanecería soltera para siempre.

El empuje definitivo a las negociaciones se dio cuando Catalina, hermana del emperador, casó con el rey de Portugal, y ésta, ya en la corte y conociendo de primera mano la hermosura y virtudes de Isabel, presionó para cerrar el matrimonio. Por supuesto, el motivo principal era político, para tratar de unir en un futuro ambos reinos peninsulares (lo que efectivamente se produciría bajo Felipe II), y económico, ya que Portugal, uno de los reinos más ricos del orbe por controlar las especias de las Indias orientales, aportaría como dote 900.000 ducados, con los que Carlos podría reponer sus arcas vacías por las constantes guerras con Francia. Pero también Carlos estaba ilusionado, al recibir noticia de su dignidad y belleza. Como refiere plásticamente Erlanger “sin haberla visto nunca, Carlos la veneraba. Pensaba que ella era la única que le permitiría encontrar por fin el amor puro”. Por otro lado, Isabel también estaba sin duda ilusionada ante la perspectiva de unirse al famoso rey-emperador que, gracias a las Indias, dominaba el mundo. Carlos estaba rodeado de la aureola del triunfo, ya que ¿no acababa de capturar al propio rey de Francia en la batalla de Pavía en 1525? ¿No estaba expandiendo el cristianismo a todo un continente, América, uno de cuyos imperios, el Azteca, había sido destruido por Hernán Cortés?

LUNA DE MIEL ANDALUZA

La ansiada boda se celebró por poderes en noviembre de 1525 y, tras recibir la dispensa papal, ya que los contrayentes eran primos, Isabel cruzó la frontera para conocer a su marido en Sevilla.



Panel esculpido por Alonso de Mena en 1632 para la Capilla Real de Granada, en el que aparece la feliz pareja.

La boda se celebró por poderes en 1525 e Isabel cruzó la frontera para conocer a su marido

Por su parte, Carlos tornó su tristeza en gozo cuando pasó de las sobrias tierras castellanas a la exuberante Andalucía, que visitaba por primera vez.

Después vio a Isabel en los Reales Alcázares de Sevilla el 10 de marzo, y sin duda se produjo un increíble flechazo, ya que ordenó adelantar los preparativos de la boda e instalar un altar en los mismos aposentos de la princesa para poder consumar el matrimonio esa misma noche. Así, la boda se realizó en la madrugada y con pocos invitados. Es poco probable que Isabel se hubiera enamorado físicamente de Carlos, pero sí lo es que lo admiraba y que, con el tiempo, al conocerle, descubrió a un hombre recto y atento que estaba sinceramente



Álvaro Cervantes y Blanca Suárez encabezan el reparto de la ficción televisiva.

enamorado de ella, que compartía su visión del mundo y del comportamiento ejemplar que debían tener los príncipes, y que no la humillaría paseando a sus amantes delante de ella, como hacían sus contemporáneos. Al poco tiempo, Isabel amaría el alma de Carlos.

En abril se produjeron las celebraciones de la boda, quedando Sevilla engala-

nada y llena de insignes personajes. Como dice Karl Brandi, “el río con sus transatlánticos cargados y adornados de gallardetes, y sus riberas atestadas de mercancías, le recordaban (a Isabel) su patria, donde al estilo árabe se oía el murmullo del agua clara correr por jardines, patios y baños”. Cuando el calor empezó a hacerse intenso, la pareja se desplazó al frescor de la Al-



Presentación de don Juan de Austria al emperador Carlos V en Yuste, óleo de Eduardo Rosales que se cuenta entre los fondos del Museo del Prado.

El monarca monje

POR INSTRUCCIONES expresas de Isabel, su cadáver no fue embalsamado y durante diez días viajó con su cortejo hasta llegar a su amada Granada. La triste tarea de acompañarla recayó en su hijo mayor, el futuro Felipe II, que a los 12 años tuvo que cumplir con el terrible trámite de reconocer el cadáver antes de enterrarlo. Cuando se abrió el catafalco el niño contempló con horror el rostro putrefacto de su madre y se desmayó, una impresión de la que no se recuperaría en toda su vida. En su cortejo también estaban los miembros de su pequeña corte de cuando era regente, y entre ellos su caballerizo, el futuro San Francisco de Borja, Duque de Gandía. Este, platónicamente enamorado de ella, al ver el cadáver y su hermoso físico tan degradado, dijo: *“No puedo jurar que esta sea la emperatriz, pero sí juro que es su cadáver el que aquí ponemos (...) Y también juro que no he de servir nunca más a señor que se me pueda morir”*. Francisco, traumatizado por la fragilidad de la carne, lo dejó todo e ingresó en los Jesuitas para abrazar el camino de la santidad.

Carlos, por su parte, jamás volvió a casarse, y desde la muerte de la esposa pasó a vestir, a sus 39 años, de luto permanente. Comprendiendo que jamás encontraría a nadie tan perfecto

y que le amara de aquella manera, no se le conocerá ninguna relación posterior con la excepción de un fugaz *affaire* con la hija de un artesano de Ratisbona, Bárbara Blomberg, ya en 1546. De dicha relación nacerá don Juan de Austria, y para dignificar su origen, a la Blomberg se añadirá un “de” Blomberg nobiliario con posterioridad. La dama, viéndose abandonada por el emperador, posteriormente dirá, resentida, que su hijo no era de Carlos, sino de un forrajeador español con el que compartía el lecho.

En todo caso, el emperador siguió con su vida monjil, dedicándose a la guerra y a la política, hasta que viéndose sin fuerzas tras tener que enfrentarse de nuevo a una coalición entre Francia y los protestantes alemanes y estar a punto de ser capturado, decidió abdicar en su hijo en 1555. Era la primera vez desde Diocleciano que un emperador abandonaba el trono en vida, y el mundo se conmovió. Como es sabido, Carlos se retiró al monasterio de Yuste, falleciendo en 1558, agarrado al crucifijo de marfil de su esposa, tras ver con satisfacción cómo su hijo desbarataba a sus enemigos. Al fin Carlos, tras 19 años de espera, se reunió de nuevo con su alma gemela, Isabel.

hambra el 4 de julio. Carlos ordenó plantar allí unas semillas traídas expresamente de Persia en honor de Isabel, que germinaron y se convirtieron en un símbolo de España y de la reina: los claveles. Allí estuvieron juntos durante seis meses sin separarse, todo un récord para Carlos, un auténtico monarca itinerante a la manera medieval, período en el que Isabel concibió un hijo, y en el que además el emperador aprovechó para instruir a su esposa en las tareas de gobierno. Carlos preveía que pronto debería retomar sus obligaciones yendo a Italia, Flandes, Alemania, Austria o Hungría, y que Isabel debería quedar como regente.

Llevaba varios meses enferma y Carlos decidió pasar con ella el resto del año en el Alcázar de Toledo

Sin embargo, antes de partir, tendría la dicha de conocer a su primer hijo varón, el 22 de marzo de 1527. Isabel tuvo un parto terrible. Consciente de su dignidad imperial en todo momento, pidió que le cubrieran el rostro con un velo y que oscurecieran la habitación para que nadie viera los espasmos de dolor que deformaban su cara. Cuando los médicos le instaron a que gritara para aliviar su dolor, ella se negó diciendo que no gritaría aunque tuviera que morir. Finalmente, llegada la noche, en medio de una tormenta, nació el futuro Felipe II. Carlos, emocionado, cogió a su hijo en brazos y dijo: “Dios mío, ten misericordia de él y dale luces para gobernar prudentemente a sus súbditos”. Acto seguido, se desmoronó toda su contención y empezó a reír y llorar de alegría, y salió fuera de palacio sin abrigo en medio de la lluvia para dar gracias a Dios en el convento de San Pablo. Este cambio en su personalidad, esta mayor expresividad, también se manifestó en el aplomo del emperador. Con 27 años todavía no había ido a la guerra en persona, pero si alguien dudaba de su valor, por primera vez bajó a la arena y se enfrentó a un toro con éxito. A partir de entonces Carlos, aunque volvió a su contención, se convertiría en el monarca-guerrero que espléndidamente pintó Tiziano. Sin duda los años de 1526 y 1527 fueron los más felices de su vida.

EL MONARCA ERRANTE

Carlos permaneció en España junto a su esposa hasta mediados de 1529. Durante este período Isabel dio a luz en junio de 1528 a su segunda hija, María, y de nuevo quedaría embarazada en marzo de 1529. Sin embargo, el emperador tuvo que partir urgentemente a Italia, ya que, a pesar de que sus tropas habían saqueado Roma y capturado al Papa, un contraataque francés casi conquistó Nápoles. Isabel quedó como regente en España, difícil tarea que desempeñaría con gran tacto y eficacia. Una de sus labores fue organizar la conquista del Perú frente a los Incas, dando el mando a un desconocido Francisco Pizarro. Sin embargo, no vería a su marido hasta dentro de cuatro años, y el consuelo de su tercer hijo no le duró, ya que falleció al poco tiempo. Terriblemente afligida, Isabel empezó a escribir a Carlos rogándole que volviera, pero éste, ocupado, le respondía a veces a través de su secretario, Francisco de los Cobos, con una diatriba sobre los diferentes tejemanejes políticos y con un escueto “lo que más anhelo es mi regreso para volveros a ver y estar en mi casa (pero) me he decidido a (...) aplazar mi regreso”. Sorprendentemente, como indica Brandi, la correspondencia íntima de la pareja “es una decepción para todo aquel que busca en ella la expresión íntima de relaciones matrimoniales (...) ¡Cómo es posible que esta correspondencia con la esposa noble y querida quedara exenta de rasgos humanos!”. Probablemente Carlos, en ausencia del contacto físico con sus seres queridos, volvía a su característica frialdad.

En 1534 Carlos volvió a España, e Isabel, de nuevo en cinta, tuvo la desgracia de dar a luz a un hijo prematuro que no sobrevivió, aunque al año siguiente, sí lo haría su quinta hija Juana. Sin embargo, Carlos, como un moderno cruzado, partió de nuevo para tomar Túnez en persona en 1535. En diciembre de 1536, el emperador volvió a España, atacado por la gota producida por sus grandes atracones, y se reunió con su mujer en Valladolid. Allí, quizás a instigación de su esposa, fue a visitar a su madre en Tordesillas, la recluida Juana *la Loca*, a la que no veía desde hacía veinte años. ¿De nuevo la influencia de Isabel hacía rebrotar la afectividad en el distante Carlos? En todo caso, no duró mucho, ya que el emperador volvió a partir para derrotar *in extremis* a una terrible coalición entre Francia y los



La serie de TVE se acerca a la figura del rey-emperador con un generoso presupuesto.

Carlos abandonó todos los asuntos públicos y se dedicó únicamente a acompañar a su esposa y a asistir a la capilla, rogando por su vida

Otomanos. En 1538, finalmente volvió a la felicidad cuando Isabel recibió a Carlos en Barcelona, quedando de nuevo embarazada. Sin embargo, este sería el último parto y el fin de su vida. Cuando el 20 de abril de 1539 dio a luz a su sexto hijo, Isabel ya llevaba varios meses enferma, de modo que Carlos se decidió pasar todo el resto del año con ella en el Alcázar de Toledo. Para colmo de males, el recién nacido falleció a las pocas horas, y la fiebre arraigó definitivamente y mantuvo a Isabel durante varias semanas al borde de la muerte. Carlos entonces abandonó todos los asuntos públicos y se dedicó

únicamente a acompañar a su esposa y a asistir a la capilla rogando por su vida. Al final, el 1 de mayo, la bella emperatriz no puede más y se avisa al emperador. Este, sobrecogido, acude a la habitación de su esposa, que sorprendentemente encuentra fuerzas para levantarse y vestirse sola. Después se tumba, habla a Carlos de su esperanza de encontrarle en el paraíso, y agarrando un crucifijo de marfil y mirando a los ojos a su esposo, fallece a los 36 años. Carlos se derrumbó y huyó al convento de los Jerónimos de la Sisle, no pudiendo ver de nuevo el cadáver de su esposa ni acompañarla al entierro. 🌹

La cara oculta de Carlos V

Un rey entre las sombras



Retrato ecuestre del emperador Carlos V, por Anton Van Dyck.

Aunque se trata de un hombre de buena prensa, lo cierto es que algunos episodios protagonizados por Carlos V están sumidos en cierta oscuridad. Pese a que no puede negarse su preparación, lo cierto es que hizo de la crueldad su arma para defender el cristianismo... Eso sin olvidar su singular aspecto y personalidad.

BRUNO CARDENOSA

No puede, cerrando la boca, unir los dientes superiores con los inferiores. Los separa el espacio del grosor de un diente, donde en el hablar, máxime en el acabar de la cláusula, balbucea alguna palabra, lo cual por eso no se entiende muy bien, dijo el embajador de Venecia, Gaspar Contarini, al ver al rey emperador Carlos V cuando contaba con 25 años. Menuda descripción... Poco que ver con el personaje de la serie, al menos en lo físico. Sin embargo, sí se le consideró un hombre de buen porte y presencia. El mismo embajador dijo también: "Tiene los ojos ávidos, el aspecto grave, pero no cruel ni severo".

EL PROGNATISMO REGIO

El prognatismo, que así se llama ese defecto tan característico en el rey, y eso

que los cuadros que tenemos son todos hechos con el objetivo de disimular esa característica, se da desde los albores de los tiempos. Fue habitual en las primeras comunidades homínidas debido a la existencia en ellas de uniones sexuales dentro de las propias familias. Pero eso pasó hace decenas de miles de años. Cuando aparecieron los códigos morales, se fue perdiendo, aunque se mantuvo en las casas reales.

La Casa de los Habsburgo llevó al extremo ese comportamiento. En su linaje encontramos numerosos matrimonios entre hermanos, primos, tíos... Poco importaba que eso tuviera sus consecuencias médicas y genéticas, siempre negativas, porque lo que buscaban con ello era obtener poder y hacer los imperios cada vez más grandes. Esas uniones tuvieron su efecto más visible en Carlos V, aunque, sin lugar a dudas, el más terrible fue Carlos II, siempre aquejado de enfermedades, a menudo delirantes.

Sin embargo, el porte y la personalidad –al menos de puertas afuera– de Carlos V hicieron de él un personaje atractivo, incluso para las mujeres. Se cree que fue padre –fuera del matrimonio, y eso que la belleza de Isabel de Portugal era impresionante– de al menos cinco hijos, pero digo de puertas afuera porque el rey tenía un temperamento agrio, aunque sus frecuentes cambios de humor no parecían unidos a un tratamiento denigrante hacia sus súbditos.

Ese temperamento le hacía cambiar de humor a menudo y se hizo adicto –de forma enfermiza– a la comida. Se hicieron populares los inmensos platos que deglutía –y lo hacía casi siempre en soledad; no comía con la gente debido a lo desagradable que podría ser el hecho de que la comida se le cayera por la comisura de los labios por su prognatismo–, aunque ha llamado la atención de los especialistas el hecho de que casi siempre mantuviera su peso y apariencia. El psiquiatra Francisco Alonso-Fernández, en su obra *Historia personal de los Austrias españoles*, sugiere que incluso podría ser bulímico, una terrible enfermedad que se conoce por el hecho de que las personas que la sufren tienen tendencia a alimentarse de comidas muy poco saludables que posteriormente eliminan en vómitos. Quizá ese es el secreto que explica que casi siempre mantuviera su línea pese a comer gran cantidad de alimento.



En este retrato de la familia del emperador Maximiliano, vemos a sus nietos Fernando I y Carlos V en su mocedad.

Su temperamento le hacía cambiar de humor a menudo, tenía arranques tiránicos y se hizo adicto –de forma enfermiza– a la comida

FANÁTICO RELIGIOSO

Otra de las características del rey era un acusado fanatismo religioso. Desde muy temprana edad tuvo como obsesión que el cristianismo fuera la religión que uniera toda Europa. Era su proyecto personal, su obsesión.

Y no admitía fisuras en ello. Su crueldad, de la que hizo gala en este asunto, puede verse en sus propias palabras a los frailes de Yuste durante su “reclusión”: “Mucho erré en no matar a Lutero, y si bien lo dejé por no levantar el salvoconducto y palabra que le tenía dada, erré,

porque yo no estaba obligado a guardarle la palabra”.

Además, otra de las críticas que recibió fue el hecho de que no confiara en los españoles a la hora de encomendar puestos importantes, lo que provocó episodios de corrupción y, pese a su aparente reformismo, la rebelión de los comuneros de Castilla, que se alzaron en armas contra el monarca en un momento en el que éste estaba más por la labor de defender el cristianismo y fortalecer su impresionante imperio... Y comer, claro. 🍷